

### **Canto primero: la noche**

Publicado por: Ramón de Campoamor

Publicado el : 3-8-2013 19:52:38

I

Habiéndome robado el albedrío  
un amor tan infausto como mío,  
ya recobrados la quietud y el seso,  
volvía de París en tren expreso;  
y cuando estaba ajeno de cuidado,  
como un pobre viajero fatigado,  
para pasar bien cómodo la noche  
muellemente acostado,  
al arrancar el tren subió a mi coche,  
seguida de una anciana,  
una joven hermosa,  
alta, rubia, delgada y muy graciosa,  
digna de ser morena y sevillana.

II

Luego, a una voz de mando  
por algún héroe de las artes dada,  
empezó el tren a trepidar, andando  
con un trajín de fiera encadenada.  
Al dejar la estación, lanzó un gemido  
la máquina, que libre se veía,  
y corriendo al principio solapada  
cual la sierpe que sale de su nido,  
ya al claro resplandor de las estrellas,  
por los campos, rugiendo, parecía  
un león con melena de centellas.

III

Cuando miraba atento  
aquel tren que corría como el viento,  
con sonrisa impregnada de amargura  
me preguntó la joven con dulzura:  
«¿Sois español?». Y su armonioso acento,  
tan armonioso y puro, que aun ahora  
el recordarlo sólo me embelesa,  
«Soy español» la dije; «¿y vos, señora?».  
«Yo», dijo, «soy francesa.»  
«Podéis», la repliqué con arrogancia,  
«la hermosura alabar de vuestro suelo,  
pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia  
un país tan hermoso como el cielo.»  
«Verdad que es el país de mis amores,

el país del ingenio y de la guerra;  
pero en cambio», me dijo, «es vuestra tierra  
la patria del honor y de las flores:  
no os podéis figurar cuánto me extraña  
que, al ver sus resplandores,  
el sol de vuestra España  
no tenga, como el de Asia, adoradores.»  
Y después de halagarnos obsequiosos  
del patrio amor el puro sentimiento,  
entrambos nos quedamos silenciosos  
como heridos de un mismo pensamiento.

#### IV

Caminar entre sombras es lo mismo  
que dar vueltas por sendas mal seguras  
en el fondo sin fondo de un abismo.  
Juntando a la verdad mil conjeturas,  
veía allá a lo lejos, desde el coche,  
agitarse sin fin cosas oscuras,  
y en torno, cien especies de negruras  
tomadas de cien partes de la noche.  
¡Calor de fragua a un lado, al otro frío!...  
¡Lamentos de la máquina espantosos  
que agregan el terror y el desvarío  
a todos estos limbos misteriosos!...  
¡Las rocas, que parecen esqueletos!...  
¡Las nubes con extrañas abrasadas!...  
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!...  
¡El horror que hace grandes los objetos!...  
¡Claridad espectral de la neblina!  
¡Juegos de llama y humo indescritibles!...  
¡Unos grupos de bruma blanquecina  
esparcidos por dedos invisibles!  
¡Masas informes..., límites inciertos!...  
¡Montes que se hunden! ¡Árboles que crecen!...  
¡Horizontes lejanos que parecen  
vagas costas del reino de los muertos  
¡Sombra, humareda, confusión y nieblas!...  
¡Acá lo turbio..., allá lo indiscernible...,  
y entre el humo del tren y las tinieblas,  
aquí una cosa negra, allí otra horrible!

#### V

¡Cosa rara! Entretanto,  
al lado de mujer tan seductora  
no podía dormir, siendo yo un santo  
que duerme, cuando no ama, a cualquier hora.  
Mil veces intenté quedar dormido,  
mas fue inútil empeño:

admiraba a la joven, y es sabido  
que a mí la admiración me quita el sueño.  
Yo estaba inquieto, y ella,  
sin echar sobre mí mirada alguna,  
abrió la ventanilla de su lado  
y, como un ser prendado de la luna,  
miró al cielo azulado;  
preguntó, por hablar, qué hora sería,  
y al ver correr cada fugaz estrella,  
«Ved un alma que pasa», me decía.

## VI

«¿Vais muy lejos?», con voz ya conmovida  
le pregunté a mi joven compañera.  
«Muy lejos», contestó; «¡voy decidida  
a morir a un lugar de la frontera!»  
Y se quedó pensando en lo futuro,  
su mirada en el aire distraída  
cual se mira en la noche un sitio oscuro  
donde fue una visión desvanecida.  
«¿No os habrás divertido»,  
la repliqué galante,  
«la ciudad seductora  
en donde todo amante  
deja recuerdos y se trae olvido?»  
«¿Lo traéis vos?», me dijo con tristeza.  
«Todo en París lo hace olvidar, señora»,  
le contesté, «la moda y la riqueza.  
Yo me vine a París desesperado,  
por no ver en Madrid a cierta ingrata.»  
«Pues yo vine», exclamó, «y hallé casado  
a un hombre ingrato a quién amé soltero.»  
«Tengo un rencor», le dije, «que me mata.»  
«Yo una pena», me dijo, «que me muero.»  
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,  
siendo su mente espejo de mi mente,  
quedándose en silencio un grande rato  
pasó una larga historia por su frente.

## VII

Como el tren no corría, que volaba,  
era tan vivo el viento, era tan frío,  
que el aire parecía que cortaba:  
así el lector no extrañará que, tierno,  
cuidase de su bien más que del mío,  
pues hacía un gran frío, tan gran frío,  
que echó al lobo del bosque aquel invierno.  
Y cuando ella, doliente,  
con el cuerpo aterido,

«Tengo frío», me dijo dulcemente  
con voz que, más que voz, era un balido,  
me acerqué a contemplar su hermosa frente,  
y os juro, por el cielo,  
que, a aquel reflejo de la luz escaso,  
la joven parecía hecha de raso,  
de nácar, de jazmín y terciopelo;  
y creyendo invadidos por el hielo  
aquellos pies tan lindos,  
desdoblando mi manta zamorana,  
que tenía más borlas, verde y grana  
que todos los cerezos y los guindos  
que en Zamora se crían,  
cual si fuese una madre cuidadosa,  
con la cabeza ya vertiginosa,  
la tapé aquellos pies, que bien podrían  
ocultarse en el cáliz de la rosa.

#### VIII

¡De la sombra y el fuego al claroscuro  
brotaban perspectivas espantosas,  
y me hacía el efecto de un conjuro  
al reverberar en cada muro  
de las sombras las danzas misteriosas!...  
¡La joven que acostada traslucía  
con su aspecto ideal, su aire sencillo,  
y que, más que mujer, me parecía  
un ángel de Rafael o de Murillo!  
¡Sus manos por las venas serpenteadas  
que la fiebre abultaba y encendía,  
hermosas manos, que a tener cruzadas  
por la oración habitual tendía...  
¡sus ojos, siempre abiertos, aunque a oscuras,  
mirando al mundo de las cosas puras!  
¡su blanca faz de palidez cubierta!  
¡Aquel cuerpo a que daban sus posturas  
la celestial fijeza de una muerta!...  
Las fajas tenebrosas  
del techo, que irradiaba tristemente  
aquella luz de cueva submarina;  
y esa continua sucesión de cosas  
que así en el corazón como en la mente  
acaban por formar una neblina!...  
¡Del tren expreso la infernal balumba!...  
¡La claridad de cueva que salía  
del techo de aquel coche, que tenía  
la forma de la tapa de una tumba!...  
¡La visión triste y bella  
de sublime concierto

de todo aquel horrible desconcierto,  
me hacía traslucir en torno de ella  
algo vivo rondando un algo muerto!

IX

De pronto, atronadora,  
entre un humo que surcan llamaradas,  
despide la feroz locomotora  
un torrente de notas aflautadas,  
para anunciar, al despertar la aurora,  
una estación que en feria convertía  
el vulgo con su eterna gritería,  
la cual, susurradora y esplendente,  
con las luces del gas brillaba enfrente;  
y al llegar, un gemido  
lanzando prolongado y lastimero,  
el tren en la estación entró seguido  
cual si entrase un reptil a su agujero.